

El cristiano y sus coronas

El cristiano y sus coronas

Un estudio sobre las coronas o recompensas
del cristiano según el Nuevo Testamento

Copyright © 2015 Hugo Bouter

© primera edición en español: mAQuelia, 2015

www.maquelia.com

Todos los derechos reservados.

ISBN 978-1-326-29099-3

Las citas bíblicas están sacadas de la
versión de Reina-Valera de 1977

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio autorizado, sin el permiso previo y por escrito de Maquelia.

Impreso en Francia por Lulu.com

Hugo Bouter

El cristiano y sus coronas

Un estudio sobre las coronas o recompensas
del cristiano según el Nuevo Testamento

«Dichoso el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman».

Santiago 1:12

Índice

Prefacio	13
1. Santiago y la historia de la creación	15
2. La muerte y la vida	17
3. Vida, y la vida eterna	21
4. La vida eterna y la segunda muerte	25
5. La corona de vida	29
6. Otras coronas y diademas	37

Prefacio

Las coronas que los creyentes reciben no son el resultado de sus propios esfuerzos o fidelidad, hecho que se deduce del capítulo 4 de Apocalipsis, donde los santos glorificados lanzan sus coronas delante del trono y dan todo el honor a quien está sentado en él. No es a nosotros que se nos concede tal honor, sino *solo a Aquel* que es digno de recibirlo con toda la gloria.

Por otro lado, también es verdad que las coronas simbolizan el reconocimiento y *la aprobación* que el Señor hace de Su pueblo. Nos estimulan para que como cristianos seamos fieles en las pruebas, perseverando y continuando hacia delante hasta alcanzar la meta gloriosa de nuestro llamamiento. Pero al final, las coronas son solo en realidad la prueba de Su gracia y favor para todos los que le aman. Atesoremos en

el corazón la enseñanza del Nuevo Testamento sobre este tema y seamos alentados por él, para correr con entereza la carrera que tenemos por delante.

Gouda, mayo de 2015

1. Santiago y la historia de la creación

Intentar relacionar el capítulo 1 de Santiago con los primeros capítulos del Génesis podría parecer un poco exagerado. Sin embargo, hay una cierta conexión entre ellos sostenida por los argumentos siguientes. En *primer* lugar, encontramos más de estas referencias a Génesis en las Epístolas generales. Santiago menciona a Abraham y a Isaac, y hace también mención de Job, que es muy probable que haya vivido antes incluso de la época patriarcal (Stg 2:21; 5:11). En su primera epístola, Pedro habla de Abraham y Sara, de Noé y el arca (1 P 3:6,20). Menciona de nuevo en su segunda carta a Noé, así como el Diluvio Universal y el pecado de aquellos ángeles que habían abandonado su estado original (cf. Gn 6:1-4), el juicio de Sodoma y Gomorra, y el rescate de Lot (2 P 2:4-7; 3:6). Juan menciona en su primera epístola la caída de Satanás y el homicidio

de Abel llevado a cabo por su hermano Caín (1 Jn 3:8,12). Judas también habla de Caín, Enoc y Adán, y como Pedro en su segunda epístola, menciona el pecado de los ángeles y el pecado de Sodoma y Gomorra.

En *segundo* lugar, en Santiago 1 se encuentran una serie de palabras concretas que nos recuerdan el relato de la Creación y la caída tal como aparece en los capítulos 1 a 3 del Génesis. Enumeraremos en este estudio el siguiente grupo:

- (1) Prueba, codicia, pecado;
- (2) Muerte y vida;
- (3) El Padre de las luces (los cuerpos celestes);
- (4) Producir;
- (5) Las primicias de Sus criaturas (Stg 1:12-18).

Por todas estas razones, creo que deberíamos leer el primer capítulo de *Santiago* con los primeros tres del *Génesis* como telón de fondo. El apóstol Santiago, en su argumentación, presupone el conocimiento que los judíos tenían de la creación y de la caída porque conocían los escritos de Moisés. Para comprender bien el tema que nos ocupa, la corona de vida y los otros tipos de corona y recompensas, es también indispensable que tengamos este conocimiento básico.

2. La muerte y la vida

«**E**l pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte» (Ro 5:12). Estas palabras son la introducción de una parte importante de la Epístola a los Romanos, para el contraste que se hace de *Adán* y *Cristo*. Por causa del *primer hombre*, el pecado y la muerte entraron en el mundo, y a través del *segundo Hombre* la verdadera justicia y la vida eterna vieron la luz. Mientras que Adán encabeza una generación de pecadores culpables sujetos al juicio y la muerte, Cristo es la cabeza de la nueva familia de aquellos que han sido justificados por la gracia y que, en virtud de la fe en Su obra consumada en la cruz, son partícipes de la vida eterna.

Apenas puede concebirse un contraste más marcado entre la *muerte* y la *vida* que este. Cuando Adán

pecó, se convirtió en un hijo de muerte. Dios le había advertido de que no comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal para no morir, pero siguiendo el ejemplo de su mujer violó el mandamiento divino y comió del fruto del árbol. Desde ese mismo instante quedó sujeto a la muerte. Sin embargo, no murió de forma inmediata pese a que Dios le dijo: «El día que comas de él, ciertamente morirás» (Gn 2:17). La muerte adopta diversas formas y dimensiones. Sabemos que hay, además de la muerte *física*, la muerte *espiritual*. Cada descendiente de Adán está muerto «por sus delitos y pecados» (Ef 2:1), lo cual quiere decir que a los ojos de Dios está espiritualmente muerto. En lo que respecta a las cosas divinas, la persona muerta no manifiesta absolutamente ninguna señal de vida; está alejada de Dios y vive sin Él, sin esperanza en este mundo.

Las consecuencias finales de esta separación de Dios son «la segunda muerte» y «el lago de fuego» (Ap 20:6, 14-15). Este es el lugar al que irán a parar con el tiempo los espiritualmente muertos, aunque en un principio fue preparado solo para el diablo y sus ángeles (Mt 25:41). La muerte física es solo temporal, tiene un mismo final tanto para creyentes como para incrédulos. La muerte espiritual, no obstante, es *eterna*, de ahí que los incrédulos sean conocidos en Apocalipsis con el nombre de «los muertos» (cap. 20:11-15), que en aquel momento ya no estarán físicamente muertos y serán lanzados al lago de fuego —la segunda muerte— en cuerpo y alma.

Este es el lugar donde la muerte es reina soberana y la gente quedará eternamente separada de Dios, la Fuente de la vida.

Inmediatamente después de haber pecado, Adán fue un muerto espiritual que se había distanciado de Dios y era consciente de que no podía presentarse ante Él en su estado pecaminoso. Estaba “desnudo” en el doble sentido de la palabra, permaneciendo también como pecador culpable ante Dios. En ese estado de muerte espiritual, se dirigía hacia una muerte física y hacia «la segunda muerte», la consumación final y eterna del estado mortal. Esto mismo se aplica a todos sus descendientes, a menos que la gracia de Dios quiera evitarlo dándoles una vida nueva con el nuevo nacimiento.

3. Vida, y la vida eterna

Del mismo modo que existen varias formas de «muerte», también existen varias formas de «vida». Teniendo en cuenta nuestro estudio sobre las coronas, concretamente sobre la corona de vida —la vida de Dios que Él ofrece a todos Sus hijos—, vamos a profundizar más en este tema.

Ante todo, está la vida *natural*, que es la vida que el hombre posee en un sentido físico, psíquico y espiritual. Como ya hemos visto, esta vida está sujeta a la muerte como resultado de la caída del hombre. Su cuerpo está sometido a la muerte física y su alma y espíritu a la muerte espiritual. Así pues, con bastante exactitud podemos dar al hombre natural el apelativo de «hombre muerto», ya que en todos los aspectos está sujeto al poder de la muerte, y como hijo de muerte se dirige a un lugar de separación eter-

na de Dios, hacia «la segunda muerte». Nadie más salvo Dios es capaz de cambiar esta situación y solo Él puede resucitar a la gente que está muerta. Tiene poder para dar vida, una vida de un orden espiritual y nuevo. La vida natural viene primero, después la espiritual (1 Co 15:46). La vida natural ha caído bajo el encantamiento del pecado y la muerte.

Pero Dios ha presentado en Cristo una nueva forma de vida que no está sujeta al poder del pecado y la muerte. Esta vida nueva es la que Dios comunica con el nuevo nacimiento, totalmente diferente de la antigua vida de pecado, ya que el creyente participa de la naturaleza *divina*. Es factura de Dios y una nueva creación en Cristo. Ha sido creado en la semejanza de Dios en la justicia y santidad de la verdad (2 P 1:4; Ef 2:10; 4:24). Ha nacido de Dios, del *agua* y del *Espíritu* (Jn 1:12-13; 3:5-6), lo cual significa que el Espíritu utiliza el agua de la palabra de Dios para lavarnos, para que juzguemos nuestro estado pecaminoso y podamos confesar nuestra culpa. El Espíritu aplica la Palabra al corazón y a la conciencia, al tiempo que la utiliza como el medio para producir una vida nueva en el alma (Stg 1:18; 1 P 1:23).

Es obvio que Dios es la Fuente de esta vida, y que el Espíritu es quien la comunica. Pero todo se realiza sobre la base de la obra consumada del Hijo, que vino del cielo para llevar a cabo la obra de la salvación. A resultas de esto, Él ha puesto un fundamento justo para la comunicación de esta vida a

los pecadores culpables y, desde luego, ello no significa que los creyentes del Antiguo Testamento no hubieran nacido de nuevo. Dios previó la venida de Su Hijo y a ellos les dio también la nueva vida, de manera que en Su paciencia pudo pasar por alto sus pecados (Ro 3:25).

La vida de Dios se ha manifestado completamente una vez que Cristo ha venido y ha realizado la obra de la redención. En el momento que creemos en Él, recibimos la vida eterna y vida abundante, es decir, la vida en su forma más gloriosa (Jn 10:10,28), lo que nos permite conocer a Dios como el único verdadero y a Jesucristo como Aquel a quien ha enviado (Jn 17:3). Por esta razón tuvo que venir primeramente el Hijo para poder revelar al Padre. La esencia de la vida divina es que nosotros tenemos comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo, para que nuestro gozo sea total (1 Jn 1:1-4).

Cristo ha abolido la muerte volviendo inefectivo su poder contra el creyente, y ha sacado la vida y la inmortalidad a la luz a través del Evangelio (2 Tim 1:10). Ha vencido el poder de la muerte y nos ha comunicado Su propia vida a nosotros, la vida que manifestó de manera tan estupenda y gloriosa en Su resurrección. Esta vida cambiará también, en última instancia, nuestro cuerpo de humildad a Su venida. Ya nos ha salvado el alma y el espíritu, pero pronto va a transformar nuestro cuerpo para que esto mortal sea tragado por la vida. Recibimos ya antes una

vida espiritual nueva, la vida del Señor resucitado, pero entonces nuestro cuerpo será conformado a Su cuerpo glorioso (Ro 8:1-11; 1 Co 15:44-54; 2 Co 5:4; Fil 3:21).

4. La vida eterna y la segunda muerte

Por la muerte de Cristo hemos sido librados, en todos los sentidos, del poder que la muerte ejercía sobre nuestro cuerpo, alma y espíritu, y gracias a este triunfo poderoso Cristo ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad. El poder de Su resurrección nos libera de los lazos mortales y nos concede vida abundante y eterna, que no es lo mismo que una existencia sin fin, interminable. La vida eterna nos permite conocer a Dios en su esencia más íntima y sublime llevándonos a la comunión con el *Padre* y el *Hijo*.

Cristo es la Palabra de vida, el verdadero Dios y la vida eterna, la que Él nos ha dado en Su Hijo (1 Jn 5:6-20). Solo podía hacerlo pasando por la muerte y la resurrección. Cristo tuvo que hacerse Hombre, pero como eso no era suficiente para darnos la vida

tuvo que ocupar nuestro lugar en el juicio de Dios y ser hecho pecado por nosotros (2 Co 5:21). Tuvo que ser alzado en la cruz pudiendo así llegar a ser el pan de vida para todos los que creen Él, de modo que no perecieran y alcanzaran la vida eterna (Jn 3:14-16). Con Su muerte, Cristo llevó mucho fruto, justo como el grano de trigo que si no arraiga en tierra y muere queda solo, pero si muere lleva mucho fruto (Jn 12:24).

La vida eterna es mucho más que una existencia sin fin. Esto es evidente por el hecho de que las Escrituras no hablan de un equivalente tal como muerte eterna. Sin ninguna duda, la segunda muerte es eterna, pues las Escrituras hablan del «fuego eterno», el «castigo eterno» y el «juicio eterno» (Mt 25:41,46; He 6:2). Pero el término *muerte eterna* no lo mencionan, lo que demuestra que en esta expresión la palabra «eterno» significa mucho más que simplemente “interminable”. El contraste entre la vida y la muerte es mucho mayor. «Eterno» añade una dimensión de especial enjundia a la verdad de la vida eterna, y significa que nosotros participamos de la vida divina tal y como nos la ha revelado el Hijo de Dios en Su humanidad. La vida eterna carece de un contrario exacto, pero podemos atribuirle el de la muerte en sus formas variadas, de las que ya hemos hablado y hecho referencia con *la segunda muerte*. Según el capítulo 20 de Apocalipsis, esta ejerce su poder sobre todos los que no tienen parte en la primera resurrección, que es la resurrección de vida. En el Juicio Final

ante el gran trono blanco, los nombres de los muertos no se hallan inscritos en el libro de la vida. Permanecen «muertos», aunque en realidad tienen parte en la resurrección de condenación y son lanzados a la muerte segunda, el lago de fuego (Ap 20:5-6,11-15).

Tenemos que observar también aquí el hecho de que la muerte no es algo que caracteriza solamente el estado en que se encuentran los muertos, sino también un lugar o ambiente determinado: *el reino* de la muerte. Los muertos son lanzados al lago de fuego, la segunda muerte, y acto seguido el Hades y la misma Muerte son arrojados en él también (Ap 20:14). Esta es el último enemigo que será destruido al final de la era milenaria (1 Co 15:24-28). Lo mismo puede decirse respecto a la vida, que no solo constituye el principio vital dentro de nosotros, sino que también forma la esfera en la que entramos dada nuestra condición de vivos. Si los incrédulos son lanzados al lago de fuego, la muerte segunda, los creyentes entramos *en la vida* (Mt 18:8; 19:17; 25:46). La vida eterna conforma el reino de los vivos, la tierra de los vivientes, el lugar donde puede ser disfrutada sin interrupción. Los justos entran en ella para disfrutarla con Dios y con Cristo en las mansiones de vida. En realidad, y desde ahora mismo, la «vida» es el territorio del creyente porque este ha pasado de estar muerto a estar vivo, según las palabras del Salvador en Juan 5:24.

5. La corona de vida

Tras estos comentarios acerca de la muerte y la vida, llegamos al asunto en cuestión de Santiago 1:12, donde el Señor promete la corona de vida a aquellos que le aman. Prestad atención a los puntos siguientes:

(1) La corona de vida (o *corona de laurel, guirnalda*) denota la vida aún futura que llegará después de una vida en la tierra llena de pruebas.

(2) La preposición “con” es *descriptiva* en la locución “corona de vida”, pues en realidad simboliza la *vida* misma, en toda su plenitud, mientras aguarda al creyente en la gloria de Dios.

(3) Esta vida abundante y de plenitud divina ha sido prometida por Dios a todos los que le aman, a

Sus *hijos*, que le reconocen como *Padre* amoroso en Cristo.

(4) Esta corona no es ningún premio por sus logros, sino una *bendición* que Él nos ha dado en Jesucristo antes del comienzo de los tiempos (2 Tim 1:1,9-10; Tit 1:2; 3:7; 1 Jn 2:25).

El tema que tratamos aquí, pues, es la promesa de la propia vida. *Antes* de la fundación del mundo se nos había dado la vida eterna en Cristo Jesús, y como *ahora* constituye nuestra porción a través de la fe, la poseeremos en total plenitud cuando entremos en la presencia de Dios. La corona de vida consiste en la vida que disfrutaremos como ella es, en perfección, una vez hayamos acabado nuestra carrera en la tierra.

No hay duda de que poseemos esta vida desde ahora mismo, pues está escrito: «El que tiene al Hijo tiene la vida», y «estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna» (1 Jn 5:11-13). Por otro lado, también es verdad que toda clase de problemas nos impiden disfrutar de esta vida. Mientras estamos esperando la adopción y la redención de nuestro cuerpo, todavía no poseemos la vida en la incorruptibilidad de la resurrección. Por lo tanto, permanecemos expectantes y con la alegre esperanza de que al fin de nuestro camino terrenal gozaremos rica y plenamente de dicha vida.

Llevaremos el adorno de la corona de vida y disfrutaremos ininterrumpidamente de la vida eterna, todo ello en presencia de Dios y del Salvador, que se refirió a Sí mismo como «la Resurrección y la Vida» y descendió a la muerte para darnos una vida nueva. Esta perspectiva es la que tenemos ante nosotros como cristianos, que nos da el poder para perseverar y superar todas las dificultades que ponen a prueba nuestra fe mientras permanecemos aquí. Esta esperanza bienaventurada de la vida futura llevó al apóstol Santiago a pronunciar la siguiente bendición: «Dichoso el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá corona de la vida, que el Señor ha prometido a los que le aman».

Hemos observado, al comienzo de este estudio, que Santiago vuelve a la historia de la Creación y de la caída para contrastar la primera creación, que corrompida por el pecado aún emite sus gemidos bajo el yugo de la decadencia y la muerte, con la nueva creación, de la que nosotros somos las primicias. Adán y Eva sucumbieron a la seducción del pecado, y la *codicia*, el *pecado* y la *muerte* entraron en el mundo como resultado. La codicia, o los malos deseos, es la raíz de todos los males del corazón humano, y esto nos lo revela el último mandamiento de la Ley mosaica: «No codiciarás» (Ex 20:17; Ro 7:7). Eva vio que el fruto del árbol era bueno, agradable a la vista, y que el árbol era deseable para poder ser sabio.

Desde el preciso instante en que ocurrió la caída, todo lo que está en el mundo lleva la marca de estos malvados deseos: la ambición de la carne, la codicia de los ojos y la soberbia de la vida. El hombre se convirtió en un esclavo del poder de Satanás en cuerpo, alma y espíritu (Gn 3:6; 1 Jn 2:16). En estas tres áreas, Satanás busca nuestros puntos débiles para tentarnos. Cuando intentó vencer a Cristo en ellas, no consiguió encontrar ninguna fisura (ver Lucas 4:1-13), pero sin embargo con nosotros sucede de manera distinta si no vigilamos y no nos mantenemos muertos al pecado.

Siempre que las tentaciones no alcancen un punto débil de nuestro corazón, siendo un hecho establecido que provienen *de fuera* y ponen a prueba nuestra fe, podemos considerarlo todo un motivo de gozo cuando terminamos en diversas pruebas. El examen por el que pasa nuestra fe no produce otra cosa que paciencia y fortaleza (Stg 1:2-3). Esto es de lo que trata también el versículo 12 de este primer capítulo, donde se nos pone delante la corona de vida como meta gloriosa para nuestra vida de pruebas en la tierra. Cuando las soportamos o resistimos la tentación somos bendecidos, dado que ello fortalece nuestra fe y dirige nuestra mirada hacia el fin de la carrera: el futuro glorioso que nos aguarda.

Pero las pruebas también nos tientan a pecar. Los pasajes 1:13-15 de Santiago tratan sobre ello. La tentación de pecar no es sino el resultado de la actividad

de la codicia en nuestro malvado corazón. Dejamos que nuestra ambición nos desvíe y fracasamos, justo como Adán y Eva. Nuestros malos deseos son los que desencadenan esta terrible corriente. Cuando la *codicia* ha concebido, da a luz el *pecado*, y cuando este ha madurado produce *muerte*. Pero esta no es la obra de Dios. Dicho proceso de codicia, pecado y muerte es contrastado por Santiago con la obra del Padre de las luces, que es un Dios de gracia y un Creador fiel que le concede a Su pueblo toda buena dádiva que ellos necesitan. No tienen que apropiarse de nada por sus propios deseos, dado que dependen de Dios para ser colmados de buenos dones de lo alto (Stg 1:16-18).

Santiago contrasta en este versículo la vieja creación con la nueva. Para el creyente no es necesario vivir según los esquemas codiciosos del pecado y la muerte. Él ha recibido no solo la vida natural de la mano de Dios, sino también una vida espiritual nueva que se le dio con el nuevo nacimiento. El Dios que con Su palabra llamó los mundos a la existencia, de manera nueva «nos hizo nacer por la palabra de la verdad, para que fuésemos como primicias de sus criaturas» (Stg 1:18). Como creyentes, esperamos un nuevo cielo y una nueva tierra que los habitarán quienes hayan sido liberados del poder de la muerte y de Satanás. Somos las primicias de esta creación nueva, los primeros frutos de la gran cosecha que Dios recogerá. Somos factura suya, una nueva creación en Cristo y partícipes de la vida de Dios, de la que se han distanciado los incrédulos. Nosotros

esperamos que se manifieste en toda su plenitud y permanecemos expectantes de recibir la corona de vida. ¡Qué esperanza y expectativa tan grandes!

La corona de vida es mencionada solo una vez más en el último libro de la Biblia, y de nuevo en contraste con la muerte y la segunda muerte. Allí leemos: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. (...) El que venza, no sufrirá ningún daño por parte de la muerte segunda» (Ap 2:10-11). La mención que se hace aquí de la corona servía de estímulo a los creyentes que se veían frente a la muerte. Sin embargo, ellos no tenían necesidad de dejarse atemorizar por ella ni tenían tampoco por qué temer *la muerte segunda*, que es el lago de fuego. Cristo ha pasado por la muerte y la ha vencido. Está vivo por siempre jamás y nosotros viviremos con Él.

Sabemos que Juan, el autor del libro del Apocalipsis, ha escrito mucho sobre la «vida». En su Evangelio vemos la vida divina tal y como se reveló en Cristo en la tierra, mientras que en su primera epístola encontramos los rasgos de esta vida en el creyente. En el último libro de la Biblia, el libro de los juicios, leemos acerca de la corona de vida, pero también del agua de la vida y del árbol de la vida que está en medio del Paraíso de Dios (Ap 2:7; 22:1-2). Estas expresiones nos hacen recordar los primeros capítulos del libro del Génesis, en los que se da una descripción del jardín del Edén con su río y del árbol de la vida. Pero en Apocalipsis tenemos el *Paraíso de*

Dios, no el paraíso terrenal del hombre, y su carácter es divino y celestial. El árbol de la vida y el agua de vida se utilizan como símbolos de Cristo y del Espíritu, las Personas divinas de las que el creyente recibe la vida.

6. Otras coronas y diademas

A parte de la corona de vida, el Nuevo Testamento habla de una serie de coronas, o coronas de laureles, que en el marco de este estudio podemos enumerar brevemente:

(1) *Una corona incorruptible*, que nos habla de la gloria restante y perdurable que el cristiano recibirá una vez haya terminado su carrera terrenal. Por lo tanto, tenemos que correr la carrera y librar la buena batalla (1 Co 9:25). Esta corona imperecedera hace referencia al estado de incorrupción y de poder de los que serán vestidos nuestros cuerpos en el arrebatamiento (1 Co 15:50-54).

(2) *La corona de gozo*, un ejemplo del fruto del ministerio: los santos amados serán el gozo del obrero en la gloria (Fil 4:1; 1 Ts 2:19).

(3) *La corona de justicia*, que es la justicia perfecta que el Señor, el Juez justo, dará a todos los que habrán amado Su manifestación. Se trata de la perfección con que nosotros los creyentes nos manifestaremos con nuestro Señor, una justicia perfecta basada en el principio de la fe, pero vista también desde un punto de vista práctico (2 Tim 4:8; Ap 19:8).

(4) *La corona inmarcesible de gloria*, la cual constituye una promesa que se hace a los que pastorean el rebaño, pero al mismo tiempo es aplicable a todos los cristianos, a todos cuantos son llamados a la gloria de Dios. Es la gloria eterna que, en toda su belleza, se dará a quienes estén llamados y participan desde este momento del rechazo de Cristo (1 P 5:1-4, 10).

Es extraordinario que la palabra griega *stephanos* se utilice también para la corona de espinas que el Señor rechazado llevó en la tierra (Mt 27:29; Mr 15:17; Jn 19:2,5). La palabra aparece como sustantivo (Esteban) en el libro de los Hechos, y como verbo en 2 Timoteo 2:5 («el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha de acuerdo con las normas»), y en Hebreos 2:7,9 («coronado de gloria y de honra»).

Hay, además, otras coronas que se mencionan en el Apocalipsis:

– La corona de los creyentes fieles de Filadelfia, que guardaron la Palabra y no negaron el nombre del Señor (3:11);

– Las coronas de oro de los santos glorificados (4:4,10).

– La corona del poder victorioso que encontramos tras abrirse el primer sello (6:2);

– Las coronas de los poderes demoníacos, representadas por langostas (9:7);

– La corona o guirnalda de doce estrellas que adorna el tocado de la mujer, es decir, de Israel como la “madre” del Mesías (12:1);

– Y finalmente, la corona de oro que adornará la cabeza del Hijo del Hombre cuando venga a juzgar la tierra (14:14).

En todos estos ejemplos, el Nuevo Testamento utiliza la palabra griega *stephanos* como la señal de la recompensa, reconocimiento, triunfo o, simplemente, de la dignidad de las personas coronadas. A veces constituye una señal de dignidad real, como suele ser el caso con la palabra *diadema*, que en la versión de Reina-Valera se traduce “coronas” y en otras versiones “diademas”. Si bien solo sale en el libro de Apocalipsis, el uso que tiene esta palabra es el de indicar el poder del dragón (Satanás), el de la bestia que sale del mar (la cabeza del imperio romano reavivado), y el de Cristo como el gran Vencedor de todos Sus enemigos (12:3; 13:1; 19:12).

Las coronas que los creyentes reciben no son el resultado de sus propios esfuerzos o fidelidad, hecho que se deduce del capítulo 4 de Apocalipsis, donde los santos glorificados lanzan sus coronas delante del trono y dan todo el honor a quien está sentado en él. No es a nosotros que se nos concede tal honor, sino solo a Aquel que es digno de recibirlo con toda la gloria. Por otro lado, es verdad que las coronas simbolizan el reconocimiento y la aprobación que el Señor hace de Su pueblo. Las coronas nos estimulan para que como cristianos seamos fieles en las pruebas, perseverando y continuando hacia delante hasta alcanzar la meta gloriosa. Pero como ya hemos dicho antes, en realidad no son más que la prueba de Su gracia y favor para todos los que le aman. Cuando lancemos nuestras coronas ante Él, exclamaremos:

*«Señor,
eres digno
de recibir la gloria y el honor y el poder».*

Apocalipsis 4:11